

La calma en los ojos de San Juan

por Raymond Reddington

*“Dice el necio en su corazón:
No hay Dios”*

Sal. 14:1

En sus últimos días, Juan recordó todo aquello que debía. Su muerte, sabía, no podía ser cualquier muerte. En sus ojos, comprendió, se encontraba un profundo misterio. Para fortuna o tragedia de la humanidad, era el último hombre en cuya memoria se encontraba el rostro del Maestro.

A esas alturas de su vida, poca atención podía prestar al mundo que lo rodeaba. Al dormir, solo podía recordar las palabras que otro pronunció, una figura que no era suya y un amor que lo excedía. Su corazón siempre estuvo en calma junto al recuerdo de la esperanza. Mas, cada noche, poco antes del final, irrumpía en él aquel peso de saberse el último.

Una noche de invierno, recordó aquella cena que la tradición ha perpetuado en tantos óleos. Para él, vivo seguía aún el calor y la paz que sintió al reclinarse aquella noche sobre su pecho. Recordó el peso y la amargura de la orden que recibió de su Señor moribundo. Ya coronado y con su cuerpo suspendido sobre unas tablas junto a unos criminales, Juan fue encomendado a cuidar a la madre de su Maestro, que era también la suya y, como luego logró comprender, la de todos. Recordó ese antiguo miedo de la responsabilidad en los tiempos de incertidumbre. Ese misterio de la responsabilidad lo invadía ahora ¿acaso debía decirles algo más a los hombres sobre el Hijo del Hombre? ¿Había algo que debiera transmitirles? El miedo lo recorrió aquella noche.

En otras ocasiones el acto de la reminiscencia se ofrecía más amistoso. Sabía que en sus escritos no había dejado testimonio del suceso, sin embargo, tenía la certeza de que otros sí lo habían hecho. Fue un día extraño que, junto a Pedro y Santiago, Juan fue apartado por su Maestro y le vieron iluminarse en un monte lleno de la gloria divina. Dicen algunos comentaristas que ello fue una verdadera transfiguración. Con una leve sonrisa abrió los ojos para encontrar que el mundo

seguía en donde lo había dejado, aun cuando su memoria y su espíritu volvieran a aquella tarde junto a su Maestro.

Nuevamente, irrumpió en él ese peso que solo la historia puede imponer a un hombre. Pensó en sus revelaciones durante su exilio en Patmos, alegrado de la esperanza de aquellas imágenes de los cielos, vio también las deficiencias de su testimonio ¿podrían los hombres con las palabras de Dios que el habría escrito mantenerse firmes en la esperanza? ¿no le estaba fallando al mundo que le había dado el privilegio más grande? Aun la certeza de su alma vacilaba ante los pensamientos que atormentan a un hombre enfrentado a su muerte cuando sabe que esta no es lo más importante. No podía evitar el anhelo de reencontrarse con su padre, ni la nostalgia de dejar este mundo sin haber hecho todo lo que pensó entonces que podía.

El día que llegó el momento en que Juan debía partir hacia su padre, al reencuentro con el Maestro, solo pudo concentrarse en el rostro del amado. Intentó concentrarse en algún tipo de ejercicio espiritual que le permitiese hacer todo más rápido. Al final, le quedó una silueta sin muchos rasgos, pero que le seguía infundiéndole una templada seguridad en todo el cuerpo. Con todo el peso de la tradición que vendría, Juan cerró en calma los ojos en la seguridad de haber compartido su vida con Cristo.

* * *

La procedencia de estas palabras tiene una historia que no puedo detenerme a contar. Referiré, exclusivamente, aquellos hechos que guardo en mi memoria (o mi imaginación) con mayor lucidez. La memoria, claro, no devuelve nunca la misma moneda, con lo que esa amargura siempre vuelve como el gran fantasma de toda fe ciega en uno mismo. Todo esto se encuentra en una nota que acompañaba las páginas que me encomendaron, pero mi torpeza me impidió guardarla todos estos años.

Ya había entrado en varios siglos la creencia cristiana cuando se encendió la discusión sobre la naturaleza apócrifa de estas palabras. Según parece, el apóstol Juan compuso unas cartas en que se registraban sus pensamientos poco antes de

la muerte. Aquellas quedaron sepultadas en una catacumba a la cual fueron enviadas. Nadie sabe cómo, un hombre que no tuvo la dicha de ser mártir escapó con los pergaminos a una alejada ciudad del imperio. Así se mantuvieron errantes, aunque algún copista medieval refiere una cita con particular similitud que, de acuerdo con su testimonio, se encontraba en las actas de alguno de los primeros grandes concilios. Solo perduran en el tiempo, las cosas que no son del tiempo.

El magia, la cual, he llegado a entender, es el paroxismo de la causalidad, terminó por llevar al extraño baúl de una pequeña abadía las palabras apócrifas de Juan. Fue durante el corto reinado de un rey cuyo nombre me es ahora ininteligible, que los monjes debieron huir y las sagradas palabras cayeron en manos de los infieles, aunque, no del fuego.

Por alguna razón, las vicisitudes de la historia pusieron en el camino de un novicio dominico el texto que nos convoca. Aun con pocas lecciones latinas, se propuso poner en su lengua el escrito que, según parece, pasó por diversas lenguas antes de llegar a manos del joven. Recupero de unos escolios las frases de la composición que, en su mayor parte, conforman lo que llegó a nuestros días. Sabemos que pasó por una edificación en alguna ciudad de lo que hoy es España mientras trabajaba en la divina empresa. Allí cayó enfermo y murió, con lo que sus pertenencias fueron guardadas en una bóveda hasta que la propiedad se hizo pública unos siglos más tarde y todo el contenido fue entregado a los aldeanos que se emplazaban en las cercanías.

No puedo dar con el apellido de la noble familia que adquirió el manuscrito. Solo recuerdo que, en los últimos años de su vida, luego de haber presentado el texto como una curiosidad de la casa, Aurelio se propuso componer, sobre la base del texto latino que tenía, una versión española. Su piedad fue la motivación, su instrucción clásica la verdadera causa. Ya corría el siglo XIX cuando acabada la tarea, murió y la familia vendió todas sus pertenencias a una pequeña tienda de empeño. Creo que solo dada esa serie de hechos pude yo dar con lo que ahora me inspira.

Yo no comparto el don de la fe. Soy ateo. Pero veo la fuerza que me rodea al pasar mis ojos por las palabras que cuentan el relato de San Juan. He introducido alguna corrección y he ensayado escribir de otro modo las palabras para ver si encuentro en ellas algún error. Solo he puesto una página, porque mi agotado espíritu no puede con las otras.

La fortuna, me empeño en afirmar -no puedo aceptar que haya sido Dios-, ha sido la que trajo a mi manos los restos de este desaventurado texto condecorado con el olvido. En la biblioteca de mi memoria quizá este perdure. Esta se forma con la dicha de mis lecturas, mas condenada está a partir conmigo a dónde vaya en mis últimos días. El lenguaje, claro, no es hábil para lo intemporal, por lo que me tiene sin cuidado la pérdida de este lacónico e insondable relato. Se habrá perdido mucho para la humanidad, mas nadie sabrá siquiera que se habrá perdido. Mantengo conciencia de que ahora el misterio me roza, pero que pronto sufrirá el destino de todas las cosas, aun el de los pormenores cotidianos y el de las grandes catedrales.

Mantenerme aquí, en las postrimerías del ateísmo requiere de una fuerza que me es difícil encontrar en mi amada razón. Con su prudencia, me ha dicho un cercano y piadoso hombre, que Dios me eligió el lector que este libro aguardaba. Mi obstinado agnosticismo frente a la verdad, solo me deja aislado frente a Dios cada día. La batalla campal me deja exhausto cada noche de vigilia. Mi fe en mí no es tan fuerte. Por ello sé que, tal y como aquel que se le apareció un ángel en las letras de Abelardo, si me rindo, mi rendición será incondicional. Lo sé ahora, al cerrar mis ojos con la misma calma de San Juan.